

Enviado

2008

4.5

# CAPITALISMO Y ECONOMÍA MUNDIAL

BASES TEÓRICAS Y ANÁLISIS EMPÍRICO  
PARA LA COMPRENSIÓN DE LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS  
DEL SIGLO XXI

XABIER ARRIZABALO MONTORO

Instituto Marxista de Economía (IME)

en coedición con

Universidad de Arte y Ciencias Sociales (ARCS)  
Universidad de Concepción (Udec)\*

\* Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología y Antropología

Primera edición: febrero de 2014

Capitalismo y economía mundial

© Xabier Arizabalo Montero

© Instituto Marxista de Economía (IME)

Maquetación: Luis Redondo Contreras

ISBN: 978-84-616-8745-9

Depósito Legal: M-6800-2014

Madrid (78003 Madrid)

### 3.1.2. La respuesta fascista del capital: el ascenso del nazismo en Alemania

En Alemania hay "600.000 desempleados en 1928, cerca de 4 millones en 1930. 6 millones en 1932, sin contar los 8 millones de desempleados parciales. 60% de la población está afectada" (Gauthier, 2009: 38). En este contexto se produce un relativo ascenso del partido nazi:

El partido nazi, marginal hasta 1929, puede desarrollarse beneficiándose de la irrisolución de los aparatos del movimiento obrero, y de la división orquestada por la dirección del PC. El partido nazi encuentra sus apoyos en los campesinos arruinados, la pequeña burguesía desesperada, la juventud desclasada, los antiguos combatientes desmovilizados como consecuencia del Tratado de Versalles, el "lumpen proletariado" (Gauthier, 2009: 38).

Pero efectivamente se trata de un ascenso relativo, porque el avance que experimenta entre las elecciones legislativas de septiembre de 1930 y las presidenciales de 1932 se revierte en las legislativas de 1932 (retrocede del 37% al 32%), 12 millones de votos frente a 7 millones del PC y 8 millones del SPD. La pelota está en el tejado de estas organizaciones, mientras el capital se decanta inequívocamente:

el 27 de junio de 1932, Hitler se encuentra en Düsseldorf con los grandes patronos Thyssen, Kirdorf y Krupp, a los que presenta un "plan de paz social" y de aplastamiento del movimiento obrero. A finales de noviembre de 1932, un llamamiento firmado por los grandes patronos alemanes demanda al presidente Hindenburg [el mariscal de la Primera Guerra Mundial] que el poder sea confiado "al jefe del partido nacional más potente". El 30 de enero de 1933, Hindenburg nombra a Hitler canciller. El capital manda (Gauthier, 2009: 38-39).

A continuación se despliega la política nazi prometida:

Act (AAA), también de 1933, de subsidios a los agricultores de caña a que limiten su producción y sostener así los precios (a la que sucedió en 1936 la Soil Conservation and Domestic Allotment Act, SODA, debido a la sentencia judicial que prohibía el impuesto que financiaba la AAA). Pero especialmente la Social Security Act de 1935, ley federal destinada a proteger en cierta medida a los ancianos, desempleados, viudas, y huérfanos, y, sobre todo, la National Labor Relations Act (o ley Wagner), también de 1935, ley laboral que garantizaba derechos básicos de los trabajadores del sector privado, incluída su organización en sindicatos, la negociación colectiva e incluso reconoce el derecho a la huelga (texto completo disponible en <http://www.nlrb.gov/resources/national-labor-relations-act>; NLRB es el National Labor Relations Board, creado también por la NLRA de 1935). En 1938 se aprueba otra ley, pomposamente denominada Fair Labor Standards Act (ley sobre normas justas de trabajo), que regula cuestiones relativas a la jornada laboral, los salarios, la prohibición de ciertas formas de trabajo infantil, etc.

Sus nombres respectivos traducidos serían: Administración Federal de Ayuda de Emergencia (FERA), Administración de Obras Cívicas (CWA), Administración de Crédito Agrícola (FCA), Administración de Emergencia de Hipotecas de Ganjas (FEMA), Corporación de Préstamos a los Propietarios de Hogar (Corporación Financiera para la Reconstrucción (RFC), Administración de Progreso de Obras (WPA), Cuerpo de Conservación Civil (CCC), Ley de la Recuperación Industrial Nacional (NIRA), Administración Nacional de Recuperación (NRA), Ley de Ajuste Agrícola (AAA), Ley de Conservación del Suelo y Distribución Nacional (SCDN), Ley de Seguridad Social (SSA) y Ley Nacional de Relaciones Laborales (NLRA).

En 1938 se creó también la Federal National Mortgage Association (FNMA), Asociación Federal Nacional de Hipotecas conocida como Fannie Mae e intervenida en 2008, en el marco de la crisis actual, junto a Freddie Mac (Federal Home Loan Mortgage Corporation, FHLMC, Corporación Federal de Préstamos Hipotecarios).

Con la provocación del incendio del Reichstag el 27 de febrero, falsamente atribuido a los "comunistas", Hitler hace adoptar el 28 una ley sobre la "defensa del pueblo alemán": se suspenden las libertades democráticas, 4.000 militantes obreros son arrestados. Pese al régimen de terror, en las elecciones de marzo de 1933, el partido nazi sólo obtiene 288 diputados de 604. Solo obtienen la mayoría absoluta por la pérdida de los 81 diputados del PC. El camino a la prohibición de los partidos se pone en marcha. Se disuelven los sindicatos y se constituye un "frente del trabajo", se instaura el régimen de partido único. Los militantes del PC, del SPD, los sindicalistas son detenidos y enviados al campo de concentración de Dachau. El fascismo se instala, la campaña contra los judíos y luego su arresto masivo puede desarrollarse, ellos van a ser enviados también a campos de concentración (Gauthier, 2009: 39).

Un año después, en Francia, sí se produjo una respuesta obrera unida ante la crisis republicana y el ascenso de movimientos fascistas:

[En 1934] la revuelta es grande entre la masa de militantes del PS y del PCF, también ellos quieren bajar a la calle para que los trabajadores barran al régimen podrido y la extrema derecha. Bajo la presión de sus militantes de base, pero también de la CGT (vinculada al PS) y de la CGTU (vinculada al PC), PS y PCF organizan una movilización los días 8 y 9 de febrero. El 12 de febrero, la CGT llama a la huelga general, la CGTU se incorpora a ella. Se organizan dos manifestaciones distintas, pero bajo la presión de la masa en los dos corrientes que se cruzan, al grito de "Unidad, unidad!", los trabajadores realizan espontáneamente el frente único contra el fascismo, imponiéndosela a los aparatos dirigentes y haciendo recular la amenaza fascista. Los trabajadores de Francia habían podido medir lo que la división había costado al proletariado alemán un año antes (Gauthier, 2009: 38).

El resumen de lo expuesto es que no se puede entender el ascenso del fascismo, instrumento del capital en un momento de dificultad extrema, sin la política de la dirección de las principales corrientes del movimiento obrero. Especialmente la orientación estalinista de acusar a la socialdemocracia de ser parte del fascismo, imponiendo así la división que prepara el camino para éste<sup>39</sup>. Fascismo que es la forma política a la que recurre el capital en dicho momento extremo:

El fascismo es el instrumento del capital. En una situación de crisis generalizada, cuando el Estado burgués está al borde de la disolución e incapaz de encontrar en su seno "el sable" necesario para el restablecimiento del orden, la burguesía ha recurrido al fascismo, haciendo entrar en escena a la pequeña burguesía desesperada, los desclasados, los "lumpen", para utilizarlos como un ariete contra la clase obrera. La esencia del fascismo, es la destrucción terrorista de las organizaciones obreras, acompañada de una demagogia social para engañar a las masas hundidas en la crisis económica, y de una demagogia nacional (contra el tratado de Versalles que ha desmembrado Alemania) y racista (los judíos presentados como responsables de la crisis) (Gauthier, 2009: 39).

39. Véase Bouffé (1971: 585-688), para la comprensión del contexto en el que tiene lugar el ascenso del nazismo.

Es lo que caracteriza precisamente al fascismo: su surgimiento en contextos de crisis graves, más que meras crisis económicas, y su orientación marcadamente de clase que, liberada de toda convención democrática, permite poner en marcha políticas de disciplinamiento estricto de la fuerza de trabajo. Así, pese al aumento del nivel de empleo por el estímulo de la política de rearme, ni los salarios ni las condiciones laborales en general mejoraron. Justo al contrario:

Los salarios reales en Alemania se redujeron en más o menos una cuarta parte entre 1933 y 1938. Los sindicatos fueron suprimidos, así como la negociación colectiva —que habría sido de poca utilidad con salarios congelados por decreto del gobierno—. El derecho de huelga fue, por supuesto, abolido. Y el derecho a dejarlo desaparecer también: en febrero de 1935 se introdujeron libros de trabajo, y se requirió el consentimiento del empleador anterior para poder ser contratado para otro trabajo<sup>40</sup>.

Pero justamente por esto, la imposición de un régimen fascista no puede hacerse efectiva sin derrota de la clase obrera. Y en este punto, como se ha explicado, el estalinismo tiene una responsabilidad directa en la derrota de la clase obrera en Alemania:

Su política [de la Internacional comunista] de división de la clase obrera alemana que consistía, señalando a la socialdemocracia como un enemigo peor que el fascismo, en levantar uno contra otro a los dos grandes partidos de la clase obrera alemana (el Partido socialdemócrata y el Partido comunista), rompió la unidad obrera sin la que el fascismo no podía ser combatido y pavimentaba la vía a la toma del poder por Hitler el 30 de enero de 1933. Este catastrófico acontecimiento, que abre el poder al nazismo, dobla las campañas por las organizaciones de clase del proletariado alemán. Conduciría directamente a la masacre de la Segunda Guerra Mundial. El 30 de enero de 1933 se convierte así en una de las fechas más sombrías de la historia del movimiento obrero. Para la III Internacional, esta fecha es el equivalente al 4 de agosto de 1914 para la II, fecha en la que los partidos nacionales de la II Internacional, rompiendo con los intereses de clase del proletariado, se asociaron a sus burguesías respectivas para votar los créditos de la guerra imperialista y empujaron la sangre de los obreros (Gill, 1983: 54).

En efecto, esta política tiene consecuencias de la máxima gravedad:

Pero la fuerza del fascismo en Alemania, es la debilidad de los aparatos del movimiento obrero y, en primer lugar, la política de Stalin que escribía: “*El fascismo es la organización de combate de la burguesía que se apoya en la ayuda activa de la socialdemocracia. Esta es objetivamente el ala moderada del fascismo*”. La llegada al poder de Hitler, y la derrota del proletariado más potente, son un choque para el proletariado mundial. Trotsky, que no dejó de combatir por el frente único del PC y el SPD, explica: “*el proletariado alemán*

*se volverá a levantar, el estalinismo jamás*” y, unos meses después, extrayendo el balance internacional del fracaso de la revolución alemana, concluye: “*La III Internacional ha tenido su 4 de agosto*” (Gauthier, 2009: 39).

Ahora bien, retomando nuestro hilo conductor, lo que se constata es que tampoco el fascismo puede resolver los graves problemas de la acumulación capitalista. Al contrario, además de dejar en el camino un terrorífico reguero de sufrimiento, *de facto* acelera el proceso que precipita el desencadenamiento de la barbarie que supone la Segunda Guerra Mundial.

En definitiva, el interés de analizar sucesivamente las experiencias del *New Deal* en Estados Unidos y el nazismo en Alemania, radica en que ambas son respuestas que da la clase dominante, el capital, a una situación histórica caracterizada por una crisis económica que supone profundas implicaciones políticas. Una de ellas, el *New Deal* es especialmente relevante, además de por la propia relevancia estadounidense en la economía mundial, porque permite constatar el alcance limitado de cualquier gestión de la política económica por alternativa que pueda parecer. La otra, el nazismo es asimismo relevante porque pone de relieve que, en última instancia, el capital siempre recurrirá incluso a las formas más bárbaras para preservar su dominación (por más que, ciertamente, haya también una responsabilidad histórica al respecto por parte de las direcciones de determinadas organizaciones obreras). Sin embargo, ninguna respuesta del capital podrá evitar que esa crisis general del capitalismo, que abarca toda la década de los treinta, desemboque finalmente en la salvaje devastación que supone una nueva guerra mundial.

### 3.2. La imposibilidad de una salida capitalista “en positivo”: el camino hacia la Segunda Guerra Mundial

Las dificultades crecientes de valorización del capital, que subyacen inecluíblemente al proceso histórico de la acumulación capitalista, explican el agravamiento de la ya de por sí la encarnizada competencia interimperialista, que la Primera Guerra Mundial ni resolvió ni podía haber resuelto, en dicho marco de la pervivencia del orden burgués (una de las expresiones de esta competencia, como se ha explicado, es el desorden monetario del período de entreguerras). Tampoco la crisis que estalla en 1929 y su corolario de destrucción podían ser suficientes por sí mismas para restablecer la rentabilidad y que así se relanzara la acumulación. Incluso el recurso a palancas como el estímulo económico a través del gasto público, puesto en marcha en distintas modalidades en cada caso, tiene un alcance muy limitado<sup>41</sup>. Finalmente, la salida del bloqueo al que se enfrentaba la acumulación no tendrá lugar

40. DeLong, J. Bradford (1997), “*Shouching towards Utopia? The Economic History of the Twentieth Century*”, *Donados disponible en* [http://econ161.berkeley.edu/TECH/Source\\_Page15.html](http://econ161.berkeley.edu/TECH/Source_Page15.html), marzo.

41. Sin embargo, no deja de ser significativo que el “capitalismo de guerra”, es decir, la planificación económica integral que se produce en las principales potencias capitalistas durante las dos guerras mundiales y especialmente en la segunda, muestra no sólo la posibilidad de la planificación, sino también su potencia para conducir el proceso de acumulación en la dirección deseada. A su vez, en el caso de la Alemania nazi y la Italia fascista esa forma de conducir la acumulación capitalista se asemeja asimismo sobre el corporativismo, que busca llevar al movimiento obrero en el supuesto objetivo común de la nación, es decir, un objetivo compartido por la clase capitalista y la clase obrera. El corporativismo se constituye así en un elemento de disciplinamiento que permite la puesta en marcha de un *dans* programa económico que incluye la militarización creciente, tendencias autárquicas, elevado gasto e inversión públicos financiados con elevados impuestos y endeudamiento interno (que impulsa una demanda que permite a las empresas planificar su capacidad productiva (volumen de inmovilizada, compra de materias primas y productos intermedios, necesidad de mano de obra, etc.), control de precios sobre todo

hasta que el relanzamiento de los gastos de armamento, que se acentúa a lo largo de los años treinta, alcance su conclusión normal en el paso de la economía de armamento a la economía de guerra y a la guerra misma. Sólo entonces, con la destrucción misma, la economía capitalista recuencetra una renovación del crecimiento (Gill, 1983: 55).

Obviamente no se trata de un asunto menor, no sólo en términos históricos, sino también a la luz de la situación actual en la que hay muchos elementos en común con los de entonces. Por tanto, vale la pena estudiarlo con cierto detalle y, como siempre, el punto de partida es formular la pregunta con la mayor precisión posible. En este caso es la siguiente: ¿cómo puede explicarse cabalmente el torrente de acontecimientos que se desarrollan en la convulsa década de los treinta? Se trata de los ciento veinte meses que transcurren entre el estallido de la crisis en octubre de 1929 y el estallido de la guerra en septiembre de 1939.

Desde luego, resulta imposible hacerlo sin apoyar la explicación en las bases que subyacen a dichos acontecimientos, que esencialmente consisten en los intereses opuestos que enfrentan, cada vez más encarnizadamente, a los distintos sujetos que los protagonizan. Estos son, en primer lugar, la clase obrera y la clase burguesa. Pero hay que precisar más, para dar cuenta del conflicto que existe en el interior de la clase burguesa, en el seno del capital: la pugna competitiva entre los capitales individuales y el predominio de los que, configurados como capital financiero, mantienen una posición dominante. Sin embargo, tampoco es suficiente con eso: hay que considerar también el respaldo de los respectivos Estados a "su" capital financiero; es decir, el conflicto que se da no ya sólo entre capitales, sino también entre potencias. Es decir, la competencia interimperialista, máxima cuando esta convulsa situación se encuadra en el marco de una economía mundial como tal; es decir, cuando la ley del valor opera a escala mundial.

salafos, etc. Siempre en el marco de un respeto estricto de la gran propiedad capitalista y la represión de toda expresión de organización obrera independiente. Como se ha demostrado documentalmente en el apartado 1.1, la Iglesia católica apoyó explícitamente los planteamientos al respecto de Mussolini en la encíclica *Reum novorum* de 1931. Y el fascismo italiano reivindicó el corporativismo tan expresamente, que hasta lo incluyó como tema específico en los programas de adoctrinamiento de la juventud; el punto XIX, apartado a, número 5 de la *materiali d'inssegnamento* se titula exactamente "Economía y política corporative", Partito Nazionale Fascista (1939); *Foglio di Disposizione* 1369, Centro di preparazione politica per i giovani, Roma, 26 de julio, pág. 4.

De hecho, "el corporativismo es una doctrina política que tiene como fundamento en el seno del capitalismo llamado social del siglo XIX, doctrina que se opone al siglo XX de diferentes formas, siendo los aspectos comunes la organización de instituciones que reúnen a patronos y obreros subordinando los intereses de éstos a los intereses de la empresa, lo que conlleva la desaparición de los sindicatos independientes, de los partidos políticos y la institución de un régimen autoritario que puede llegar hasta el fascismo"; Eliad (2008: 79-80).

Paradójicamente, a menudo se utiliza el término corporativismo para acusar a determinados colectivos de trabajadores, cuyos reivindicaciones se presentaban como contrarias a un supuesto interés general. Sin embargo, bajo la noción de "interés general" se esconde la defensa de los intereses particulares de la clase dominante en la sociedad capitalista, los mismos intereses que busca preservar el "modo de organización política de la sociedad" que promueve la doctrina corporativista. Véase: ibidem (79-80) y Gill (1986: 238-240).

Por otra parte, resulta significativo asimismo que los regímenes fascistas sean considerados como la única posibilidad real de lograr el pleno empleo en la economía capitalista para autores como Giletti: "convincentemente a Regni (1933) or-fundador de la teoría keynesiana de estimulación de la demanda efectiva por el gasto público y el déficit presupuestario, considero el pleno empleo como un objetivo inabordable en la economía capitalista (...). sólo son factibles en el marco de un régimen totalitario como el de la economía alemana bajo el nazismo. La oposición del capital privado a la intervención estatal y el gasto público puede ser superada entonces, explica él, por los condicionantes particulares de una economía centrada en el militarismo, en la que la disciplina en los fábricas y la estabilidad política se aseguran por la imposición de un nuevo orden cuyo dominio de medios le da la supremacía de los sindicatos hasta el campo de concentración" (Gill, 1986: 664-665).

Para completar el círculo, debe considerarse también que la lucha de clases entre trabajadores y capitalistas tiene, por así decirlo, una doble dimensión. Por un lado, esta lucha toma una forma nacional y, de hecho, las conquistas de la clase obrera se institucionalizan nacionalmente mediante la reglamentación, los servicios públicos que constituyen el salario indirecto, etcétera (también sus derrotas se materializan nacionalmente, en los correspondientes retrocesos). Pero por otra parte, el desarrollo de la lucha de clases y sus resultados en una nación determinada tienen una influencia directa en las demás; máxime, hay que recalcarlo, en el contexto de la existencia de una economía mundial como tal. Ésta es una de las dos razones principales por las que cualquier capital ve con malos ojos todo proceso revolucionario en cualquier otro país: el miedo a la imitación, a que cunda el ejemplo en su país, sobre todo teniendo en cuenta los lazos que unen a las organizaciones obreras de las distintas naciones; establecidos incluso mediante asociaciones como las Internacionales (la otra razón es la restricción que supone para sus negocios la expropiación del capital y la limitación del campo de actuación de la ley del valor en una dirección socialista, incluso si ocurre en una economía relativamente menos importante, como lo era por ejemplo la rusa en 1917).

Por consiguiente, el punto de partida del análisis es la forma que toma el proceso de acumulación, de acuerdo a la lógica propia del orden social vigente, el capitalista. Al respecto y como ha sido explicado *in extenso* a lo largo de todo el texto, la situación se caracterizaba por la incapacidad de un desarrollo regular y sostenido de las fuerzas productivas. Al contrario, el pleno despliegue de la acumulación capitalista a escala mundial, regido por las leyes que le son propias y en particular por la del descenso tendencial de la tasa de ganancia que constituye su fuerza motriz, determinaron la huida hacia delante que describe la trayectoria de la economía mundial desde principios de siglo. Dicho de otro modo: entonces, como ahora, la única posibilidad de una salida en positivo para la humanidad pasaba ineludiblemente por la expropiación del capital y la puesta en marcha de una organización económica basada en la propiedad social de los medios de producción. Obviamente esto no podía realizarlo ni la clase capitalista (que en tal caso perdería su privilegiada posición), ni el conjunto de la sociedad consensuadamente (pues en su seno coexisten intereses frontalmente opuestos). Ni siquiera la clase trabajadora "en general" podía llevarlo a cabo; sólo su organización política como movimiento obrero, en partidos independientes, podía ser el sujeto que impulsara efectivamente un proceso así. Fuera de esta alternativa, las contradicciones capitalistas y su concreción en una competencia interimperialista desatada, conducirían inexorablemente a un escenario de destrucción como efectivamente lo fue la Segunda Guerra Mundial, así como sus prolegómenos (la carrera armamentista, el fascismo, la represión política, etc.) y la propia posguerra.

A continuación se plantean los elementos que, añadidos a los ya expuestos en apartados anteriores, se consideran necesarios para explicar, en primer lugar, porque no culminan y se extienden los estallidos revolucionarios que efectivamente se habían venido produciendo desde la última parte de la Primera Guerra Mundial. Elementos que se concentran en torno a la responsabilidad de las direcciones de las principales corrientes del movimiento obrero, que no sólo no orientaron a sus organizaciones hacia una perspectiva de ruptura, sino que, por el contrario, trabajaron para contener esos estallidos, buscando su canalización para apuntalar el orden capitalista. Y para explicar también, en segundo lugar, porque los conflictos interimperialistas inexorablemente debían conducir, como así fue, al mencionado proceso de destrucción de fuerzas productivas tan gigantesco que es la nueva guerra mundial. Hablamos

de "en primer lugar" y "en segundo lugar" sólo para intentar presentar la exposición con claridad. En la realidad todo está entremezclado, pero no de una forma caótica o aleatoria, sino ordenada por el lugar prioritario que, en todo caso, ocupa la lucha de clases. Sólo así se puede entender por qué, por ejemplo, los Estados británico y francés, respectivos representantes, por así decirlo, de la fracción dominante del capital británico y francés (el capital financiero respectivo), opten por una actitud permisiva ante el expansionismo alemán hacia el este. En tanto Estados burgueses su primer enemigo, antes que cualquier otro (incluso el Estado alemán que respalda al capital financiero alemán que compete con ellos), es la clase obrera para la que la experiencia soviética, incluso pese a su degeneración estalinista, es sin duda un referente. Por eso aceptan la expansión nazi... hacia el este.

En definitiva, el estallido de la guerra no será sino el colofón de ese proceso de huida hacia delante, acelerado desde los primeros años treinta. En 1932, la Conferencia de Lausana había sentado las bases para el cuestionamiento definitivo del Tratado de Versalles, a partir del cual Hitler comienza el rearme de Alemania en 1935-36. Las demás potencias lo permiten, ante el objetivo compartido de combatir a la revolución rusa, que siguen viendo como el enemigo común. Sin embargo, la aceleración del proceso de rearme señala el escenario bélico al que se está encaminando a la humanidad.

En octubre de 1936 Hitler y Mussolini constituyen el Eje Berlín-Roma (posteriormente, en mayo de 1939, acordarán el Pacto de Acero). A continuación, el 25 de noviembre de 1936, Japón y Alemania firman el Pacto Anti-Komintern (*Acuerdo de Resguardo en Contra de la Internacional Comunista*), al que en noviembre se incorpora Italia y después otros países (incluida España el 27 de marzo de 1939, aunque se anuncia el 8 de abril). En marzo de 1938 Hitler invade Austria y se la anexiona (es el *Anschluss*), ante lo que Gran Bretaña y Francia protestan de una forma más bien testimonial. Ambas potencias acaban dejando también vía libre a la ocupación nazi de la región checoslovaca de los Sudetes (con tres millones de población de origen alemán sobre un total de trece millones del conjunto del país), lo que se respalda en los Acuerdos de Múnich de septiembre de 1938. Esta formalización de las concesiones a Hitler facilitará que, en seguida, ocupe Bohemia y Moravia y controle Eslovaquia.

El temor que tienen Gran Bretaña y Francia de Hitler y Mussolini se explica debido a que la posición en el mundo de estos países poseedores de colonias no se corresponde ya (...) a su peso específico en la economía mundial. La guerra no puede aportarles nada sino, al contrario, despojarles de una parte de sus riquezas. Es natural que ellos se esfuercen en retardar el momento en el que se efectuará un nuevo reparto del mundo (...). Lo que está en juego en la lucha es la posesión de colonias, la dominación del mundo<sup>43</sup>.

Pero la pretensión de estas dos potencias venidas a menos que son Reino Unido y Francia es quimérica:

En Múnich, Inglaterra aportó su apoyo a Hitler con la esperanza de que se concentraría en Europa central. Pero algunas semanas más tarde, Inglaterra se dio cuenta de que Alemania luchaba por la dominación mundial. En su papel de potencia colonizadora

mundial, Gran Bretaña no podía dejar de responder con la guerra a las pretensiones ilimitadas de Alemania<sup>44</sup>.

## CAPÍTULO 5: LA PUESTA DE LARGO DEL IMPERIALISMO (1900-1945)

Mientras tanto, en la URSS, tras la derrota de la Oposición de Izquierda, Stalin había conseguido plenos poderes y había imprimido un giro a la gestión económica, con la colectivización forzosa de la tierra y la industrialización a través de la planificación. Aunque pudiera parecer la aceptación por su parte de las tesis de la Oposición, en realidad se trataba de una política tan burocrática y violenta, que no sólo era radicalmente contraria a las propuestas opositoras, sino que tenía unos efectos sociales demolidores, como la hambruna de 1932-33. Se trata del engendo pomposamente proclamado como "socialismo en un solo país"<sup>45</sup>. A pesar de todo, la aportación que supone la planificación realizada sobre la base de los recursos expropiados, permitió un importante desarrollo industrial: si en 1913 la producción era 100, en 1928 todavía estaba en 99,8 y en 1929 en 102,6. Pero en 1939 ya alcanzaba 185,2; es decir, en sólo diez años se había logrado un crecimiento total del 80,5%. Durante la guerra, entre 1939 y 1945, la producción cayó un 22,5%, pero a continuación, entre 1945 y 1960, creció un 152,8%. Esto supone que en 1960 alcanzaba un nivel 3,54 veces superior al de 1929. En sólo tres décadas y con una durísima guerra por medio<sup>46</sup>.

A la vez, se sistematiza la represión política, cuya máxima expresión son los Procesos de Moscú:

(...) la mayoría absoluta de los miembros del Comité Central de 1917 a 1923, los tres secretarios del partido entre 1919 y 1921, la mayoría del Politburó entre 1919 y 1924 han sido eliminados (...) de los 139 titulares o suplentes que el Congreso de 1934 eligió para formar parte del Comité Central, por lo menos diez se encontraban ya en prisión durante la primavera de 1937, otros 98 fueron detenidos y ejecutados durante el bienio de 1937-1938, 90 de ellos entre el segundo y tercer proceso de Moscú. Sólo 22 miembros, es decir, menos de la sexta parte, volverán a encontrarse en el Comité Central designado en 1939: la inmensa mayoría de los ausentes, ya han sido ejecutados por estas fechas (...) el número total de expulsados puede cifrarse en unos 850.000 los que equivalen a un 36 por 100 de los efectivos anteriores (Broué, 1963: 519).

Es una represión que se concentra especialmente en la "vieja guardia bolchevique":

(...) la generación revolucionaria ha sido la más diezmada. De los 55 miembros titulares del Comité Central eliminados entre 1936 y 1939, Brzezinski señala que 47 eran viejos bolcheviques auténticos, ingresados en el partido antes de 1917, los otros siete se hablan

43. Trotsky (1939): ¿Quién es culpable de haber desencadenado la Segunda Guerra Mundial?, 5 de septiembre, tomado de Gál (1983: 59).

44. Formulado por Stalin por vez primera en el otoño de 1924, tras la derrota de la clase obrera en Alemania el año anterior, el socialismo en un solo país fue adoptado como línea oficial del partido en el XV Congreso de diciembre de 1925. Todavía en 1927, Pechukhinskiy preparaba un esquema de reproducción en el que el lugar de la economía mundial era muy relevante. A diferencia del más conocido modelo de Fiedman de 1928, que parte de una economía cerrada, acorde a la orientación autárquica estalinista. Véase De Blas (1994: 123-133).

45. Maddison (1995: 220-221). Un hecho muy significativo de la capacidad de la economía soviética es que ante el ataque nazi a la URSS (la Operación Barbarroja) y para preservar la capacidad productiva, en sólo unos pocos meses, de julio a octubre de 1941, se lleva a cabo el traslado al este de 1500 fábricas y 10 millones de trabajadores.

Trotsky caracterizaría entonces a la URSS como un "Estado obrero degenerado": un Estado que en el plano económico se asienta en la expropiación del capital por la clase obrera, pero que contrariamente, en el plano político, se organiza sobre la expropiación del poder obrero por la burocracia estalinista<sup>47</sup>. Esta contradicción resulta insostenible eternamente, tal y como el mismo Trotsky pronostica en 1938:

De acuerdo a la orientación del "socialismo en un solo país", contraria a la extensión mundial de la revolución, Stalin lanza a la III Internacional contra el Frente Único Obrero, apoyando los Frentes Populares:

Es una política de colaboración de clases que, unida a la orientación igualmente colaboracionista de los partidos socialdemócratas, impedirá la única salida positiva factible en el

47. "El organismo del Estado *obtuvo, sufrió una completa degeneración, transformándose de instrumento de la clase obrera, en instrumento de violencia burocrática contra la clase obrera*" (Trotsky, 1938: 41). Precisamente por esta degeneración, que llama formas como el pacto entre Stalin y Hitler, es crucial precisar bien el carácter del

regimen soviético para recular las omisiones inherentes en aquel que el autor (el Estado) nunca supuso que el colectivismo soviético era un régimen "totalitario" (reconquistó la conducción revolucionaria del proceso) sino para "usarlo" (reservarlo plenamente a las relaciones capitalistas de producción); "esté de modo actualizante en las superficies rurales radicales más en el mismo fondo de los regímenes de Alemania o la URSS. Esto no tiene sentido. En Alemania, o después de todos las regulaciones estatales, existe un régimen de propiedad privada de las medidas de producción. En la Unión Soviética la industria está nacionalizada y la agricultura colectivizada. Concernen todos los regímenes sociales que produjo la burocracia en el ítem de la Revolución de Octubre. Pero sigue en vigencia la economía planificada sobre la base de la propiedad estatal y la colectivización de los medios de producción. Esto economizó significativamente sus propios leyes que se aplican cada vez menos al colectivismo, la ignorancia y el aislamiento de la burocracia soviética" (Tosky, 1939, "La capitulación de Stalin", *Socialist Appeal*, 7 de abril).

Así, los *frentes populares* se extienden, especialmente en los países donde la situación social es más explosiva, como España o también Francia<sup>48</sup>. En el caso español, tras antecedentes como la Revolución de Asturias de 1934, la pretensión de contener la movilización obrera se ve desbordada con el estallido del 18 de julio de 1936, cuando las masas, sin armas ni órdenes, hacen fracasar el golpe de Estado en las principales ciudades (Madrid, Barcelona, Valencia y otras). Comienza así la guerra civil y el gobierno del Frente Popular, en el que el PCE va a ocupar un lugar central, trata de frenar el estallido revolucionario canalizándolo en el marco del orden bugués vigente, el republicano. A la sucesión de tomas de fábricas y de tierras, le siguen las "jornadas de mayo del 37" en Barcelona. El enfrentamiento entre trabajadores del comité obrero miembros de UGT y CNT por una parte, y milicias del PCE y del gobierno por otra, concluye tras la llamada de la dirección de la CNT al compromiso. Las masas reculan, el gobierno de Largo Caballero cae y le sucede el que encabeza Negrín con el apoyo del PCE, cuya orientación contra la revolución desembocará en la derrota<sup>49</sup>. La intervención de la URSS, más preocupada en frenar la revolución que en la propia guerra, junto con la activa participación de los regímenes nazi alemán y fascista italiano en favor de los golpistas y, asimismo, la complicidad "no intervencionista" de los regímenes británico y francés, precipitarán el triunfo del fascismo y el inicio de una dictadura que durará cuatro décadas<sup>50</sup>.

Tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones del 3 de mayo de 1936, el 4 de junio asume la presidencia del gobierno Léon Blum, del partido socialista (quien adoptará la política de no intervención en la guerra española). Un gobierno posterior, presidido por

49. El 8 de junio de 1937 un decreto ilegaliza las colectividades rurales aún no disueltas y el 28 de agosto de 1937 otro decreto anula el control de las fábricas por los comités.

51. Hasta 1969 el partido socialista se le conocía como SFIO, Sección Francesa de la Internacional Obrera (resultado de la fusión en 1905 de distintas organizaciones y corrientes).

Édouard Daladier del partido radical, firmará el 30 de septiembre de 1938 los Acuerdos de Múnich, que darán vía libre a Hitler en Checoslovaquia (este gobierno será el responsable del confinamiento en campos de concentración de cientos de miles de refugiados españoles, en Argelès-sur-Mer primero y luego también en otras localidades como Saint-Cyprien y Barcarès). El 10 de julio de 1940 la Asamblea Nacional, en la que los partidos del viejo Frente Popular son mayoritarios, acuerda conceder plenos poderes al mariscal Pétain (presidente del gobierno del "Estado de Francia" títere y colaborador del régimen nazi alemán que ocupaba el resto del país), por 569 votos a favor y sólo 80 en contra, con 20 abstenciones (36 diputados de la SFIO votaron en contra, Blum incluido, pero 90 a favor; los diputados del PC habían sido inhabilitados)<sup>52</sup>.

En el mismo contexto en el que el conflicto de clases se agudiza, la competencia imperialista también se dispara, ante la evidencia de que la guerra se acerca. Así, Hitler, que finalmente no deja de ser el representante entonces del gran capital alemán, muestra su interés táctico en aproximarse a Stalin:

El giro de Hitler a favor de Moscú hacia mediados del año pasado [1939] tenía una base sustancial. Hitler había recibido de Gran Bretaña todo lo que podía obtener de ella. (...) La posterior expansión del imperialismo alemán sólo podía hacerse contra la propia Gran Bretaña. La cuestión polaca era el escollo. (...) Hitler asegura a su colaborador anglosajón que la *anexión de Polonia le abre la vía hacia el este, y sólo hacia el este*. Pero sus adversarios conservadores comienzan a cansarse de ser engañados. La guerra se hacía inevitable. En tales condiciones Hitler no tenía elección: jugará su última carta: la alianza con Moscú. Stalin obtenía finalmente el apretón de manos con el que no había dejado de soñar durante seis años<sup>53</sup>.

Stalin se muestra receptivo, de modo que, tras un tratado comercial germano-soviético<sup>54</sup>, firmado en Berlín el 20 de agosto de 1939, el día 23 la Alemania nazi y la URSS estalinista acuerdan en Moscú un pacto de no agresión (que incluye el compromiso de no participar durante diez años en ninguna alianza contra el otro firmante), con la presencia del propio Stalin y el visto bueno telefónico de Hitler. El pacto incluía asimismo unos protocolos secretos relativos

y el 17 de septiembre "unidades del Ejército Rojo atravesaban la frontera y avanzaban hacia la línea que delimitaba la esfera de intereses soviéticos y alemanes: Belostok, Brest Litovsk, Lgov"<sup>55</sup>.

Además del protocolo secreto del 23 de agosto (que asigna Polonia oriental, Estonia, Letonia y Besarabia a la URSS), hay otro del 28 de septiembre, por el que Alemania cede casi toda Lituania a cambio de una nueva parte de Polonia (la provincia de Lublin y una fracción de la provincia de Varsovia) y un tercero del 10 de Enero de 1941, por el que Alemania renuncia a su parte de Lituania a cambio de compensaciones económicas<sup>56</sup>.

El pacto de supuesta no agresión de agosto de 1939 fue una verdadera alianza política y económica que duró cerca de dos años, desde agosto de 1939 hasta junio de 1941. Esta alianza permitió que Hitler pudiera consagrar todas las fuerzas a la conquista y ocupación de Francia, Holanda, Bélgica, etc., y dispusiera de una ayuda económica, sobre todo en materias primas, que fue muy útil para contrarrestar los efectos del bloqueo marítimo británico<sup>57</sup>.

Pero estos acuerdos no son sólo importantes en términos bélicos, sino también políticamente porque dificultan aún más la resistencia obrera ante el ascenso del fascismo, máxime considerando que en los años previos el estalinismo acusaba de colaborar con el nazismo a las organizaciones socialdemócratas (calificadas de "socialfascistas") y a Trotsky ("agente de Hitler") y otros dirigentes de la vieja guardia bolchevique. Además, suponía un giro en su adaptación al imperialismo, que hasta entonces se había formulado como "alianza de las democracias contra el fascismo" (coartada, por ejemplo, para combatir la revolución española). Los acuerdos significan, en definitiva, la subordinación del estalinismo al fascismo hitleriano:

Hitler necesitaba de la "neutralidad" amistosa de la URSS, además de las materias primas soviéticas, para (...) y entablar la guerra con Inglaterra y Francia. Los pactos políticos y comerciales le garantizaban ambas cosas (...). El pacto germano-soviético es una capitulación de Stalin ante el imperialismo fascista con el fin de resguardar a la oligarquía soviética<sup>58</sup>.

Tras la invasión de Polonia por la Alemania nazi el 1 de septiembre (formulado como el inicio de la búsqueda del *Lebensraum* o "espacio vital"), el día 3 Reino Unido, Australia, y Nueva Zelanda, seguidos por Francia, Sudáfrica y Canadá, declaran la guerra a Alemania,

52. A la luz de las experiencias francesa y española, y también alemana, Trotsky (1938: 3) escribe: "la política conciliadora de los 'Frentes Populares' conduce a la decepción y a la impotencia y abre camino al fascismo. Los 'Frentes Populares' por una parte, el fascismo por otra, son los últimos recursos políticos del imperialismo en la lucha contra la revolución proletaria".

53. Trotsky (1939): *Sobre la Segunda Guerra Mundial*, Seuil, París, 1974; tomado de Gil (1983: 58).

54. En adelante, salvo indicación expresa en sentido contrario, el uso del calificativo soviético es simplemente como genérico alusivo al nombre oficial de la URSS, no se refiere de forma directa, por tanto, a los soviets.

55. Credo del semanario "Novedades de Moscú" del 2 de agosto de 1939, en Solana Willebaldo (1989): "El pacto germano-soviético (agosto de 1939): Cuando Stalin brindaba por Hitler, *El Periódico de Cataluña*, 19 de agosto. En mayo de ese mismo año y a instancias de diputados belgas, se había constituido una Comisión de Investigación en el Congreso de la URSS, presidida por Alexander Iakovlev, miembro del Buró Político del PCUS. Poco antes de publicar sus conclusiones, Valerín Fadin, responsable del departamento internacional del PCUS, ya confirmó la existencia del protocolo secreto.

56. Ibidem. Véase Marin, Jean Jacques (2001): *Stalin*, Ediciones Palabra, Madrid, 2003, págs. 614-618.

57. "Stalin (...) brindó a la salud del Führer. Conozco el cariño que la nación alemana siente por su Führer. Me gustaría, pues, beber a su salud" (Marin, Jean Jacques, 2001). Stalin, Ediciones Palabra, 616; véase también Solano (1989) quien añade que "Los últimos regímenes para la posteridad los nazis enifres de Stalin, Molotov, Ribbentrop, Schulenburg y G. Hager".

58. Trotsky (1939): "La alianza germano-soviética", *Socialist Appeal*, 4 de septiembre (publicado el 9). "Stalin ahora postula abiertamente su propia candidatura para el papel de... principal agente de Hitler" (Trotsky, 1939, "La capitulación de Stalin", *Socialist Appeal*, 11 de marzo, publicado el 7 de abril).



